

VEINTE AÑOS DE POLÍTICA EXTERIOR MEXICANA: 1960-1980

OLGA PELLIGER DE BRODY

La política exterior de México durante los últimos veinte años se distingue por diversas características entre las cuales querríamos referirnos a las siguientes: la vigencia del compromiso ideológico con los movimientos revolucionarios en América Latina, la resistencia del gobierno mexicano a tener una participación más activa en la política internacional, con la excepción del periodo del presidente Echeverría; la ambigüedad del marco de referencia que orienta la relación con los Estados Unidos; por último, las nuevas modalidades y perspectivas que surgen como resultado de los descubrimientos petroleros a partir de 1977. Las reflexiones más interesantes que suscitan los puntos anteriores pueden girar en torno a las siguientes preguntas: ¿Cuál es la explicación principal de esa simpatía por las revoluciones? ¿Cuáles son los signos de ese carácter cauteloso y ambiguo de la política exterior mexicana? ¿Hacia dónde se orienta la actuación internacional de México en su nueva etapa de exportador de petróleo? Contestar a esas preguntas es el objetivo del presente ensayo.

I

Los gobiernos de la revolución y el apoyo a las revoluciones. Uno de los rasgos sobresalientes de la política exterior de México, que le ha conferido prestigio ante los ojos de la opinión pública mundial y ha insinuado su capacidad de independencia frente a los Estados Unidos es la simpatía por los movimientos a favor de un cambio social en América Latina. Con diversa intensidad y matices, ésta se ha mantenido firme a lo largo de los últimos treinta años; diversos hechos están allí para probarlo. México fue el único país que se opuso a la imposición de sanciones a Cuba y mantuvo relaciones diplomáticas y comerciales con la Isla en momentos cuando el objetivo central de la política interamericana era el aislamiento del régimen encabezado por Fidel Castro. Poco después, fue uno de los partidarios más entusiastas del gobierno de Salvador Allende y, a su caída, abrió las puertas para recibir a los asilados, chilenos y de otras nacionalidades, que huían de los regímenes militares del cono sur. En la actualidad, el apoyo incondicional a Nicaragua, bajo la forma tanto de asistencia técnica y financiera,

como de ventas de petróleo, está contribuyendo significativamente a la consolidación de la Revolución sandinista. Finalmente, en una etapa crítica para la Revolución cubana, debido a la conjunción de situaciones internas e internacionales que favorecen el recrudecimiento de viejos anhelos intervencionistas, destinados a debilitar al régimen revolucionario, el presidente mexicano hace un gesto de apoyo y simpatía llevando a cabo una visita a la Isla.

Los estudios sobre política exterior mexicana han dejado en segundo plano el impacto de tales políticas en la situación general del hemisferio. Se piensa, con razón, que siendo de una gran continuidad y firmeza, la política mexicana ha sido, esencialmente solitaria; es decir, no ha ido acompañada de un esfuerzo por comprometer en su misma línea a otros países latinoamericanos, o por influir en el comportamiento de los dirigentes de Washington. Los análisis se han centrado, pues, en la influencia de la política interna de México sobre la política exterior. Se ha insistido en observar las correlaciones entre la naturaleza del discurso político, la búsqueda de legitimidad, y el mantenimiento de ciertas líneas en el orden internacional.

Refiriéndose al primer punto, Daniel Cosío Villegas escribió en 1960:

Todo hombre que participa en la vida política del país, todos los políticos como se les llama comúnmente, hablan como si la Revolución mexicana estuviera viva, como si sus objetivos originales prevalecieran, y como si las políticas gubernamentales, grandes o pequeñas, estuvieran inspiradas y adoptadas para alcanzar esos fines en el tiempo más corto posible.¹

Semejantes circunstancias hacen comprensible el apoyo a la Revolución cubana, sobre todo durante sus primeros años cuando ésta se presentó como un movimiento similar al que venía ocurriendo en México desde 1910. En el discurso de bienvenida al presidente Dorticós, en mayo de 1960, López Mateos confirmó el peso de la tradición revolucionaria en la postura de México frente a los cambios sociales en América Latina al señalar:

Nosotros, que hemos recorrido etapas semejantes comprendemos y valoramos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo... confiamos en que la Revolución cubana sea, como la mexicana, un paso más hacia la grandeza de América.²

Veinte años después, al dirigirse a una concentración de masas en la plaza central de Managua, el presidente López Portillo confirmó la vigencia del compromiso mexicano con los principios revolucionarios. Ciertamente que los

¹ Citado en Olga Pellicer de Brody, *México y la Revolución Cubana*. México, El Colegio de México, 1972, p. 14.

² *Ibidem*, p. 21.

tiempos han cambiado; en los años transcurridos entre la Revolución cubana y la Revolución nicaragüense, la crisis del modelo mexicano es evidente; allí están las desigualdades sociales, la persistencia de la pobreza, el desempleo y otros males para probarlo. En honor a su credibilidad, el dirigente mexicano debe reconocer que, para México, "el camino se ha empantanado". Y sin embargo, la confianza en la Revolución sigue viva, aunque ahora no se trata, necesariamente, de seguir el ejemplo mexicano. Bien puede ser la Revolución mexicana, la cubana, o la que nazca de la creatividad del pueblo nicaragüense:

Ustedes pueden construir con su responsabilidad revolucionaria, una salida para América Latina. A principios de este siglo, el gozne histórico correspondió a México. Libró y ganó la primera Revolución de este siglo... Buscamos, por el camino de la libertad, el camino de la justicia y, en ocasiones, se nos ha empantanado, y libertad ha sacrificado justicia. A mediados de este siglo, otra revolución significó el gozne histórico en este laberinto americano: la revolución cubana. Por el camino de la justicia han querido ganar libertad y parece que se empantanaron. Uds., nicaragüenses... significan la posibilidad de que libertad y justicia puedan ser conjugadas.³

Si el apoyo a los movimientos revolucionarios persiste, no es, simplemente por razones de inercia. Los dirigentes mexicanos han tenido oportunidad de constatar el valor de ese aspecto de su política exterior como fuente de legitimidad para un régimen que se empeña en seguirse llamando revolucionario, como elemento de estabilidad interna, y como instrumento que mejora la posición del gobierno en el diálogo con diversos sectores sociales. Para no dar sino algunos ejemplos, aunque la cordialidad cubano-mexicana que resultó del mantenimiento de relaciones no puede verse como la única explicación a la debilidad de grupos guerrilleros en México durante el decenio de los sesentas, bien puede mantenerse que dicha cordialidad fue vista por el gobierno mexicano como un elemento de contención al apoyo que Cuba hubiera podido prestar a la idea del foco guerrillero en México. En otro orden de cosas, los aspectos nacionalistas y revolucionarios de la política exterior del presidente Echeverría fueron un factor que actuó a favor de la reconciliación entre el gobierno y los intelectuales, que se habían alejado violentamente de aquel después de los acontecimientos de octubre de 1968. Fue principalmente a través de la política exterior como se logró acercar de nuevo al gobierno a intelectuales con tanta influencia en la opinión pública internacional como Octavio Paz o Carlos Fuentes.

Ahora bien, constatar la importancia de la política exterior para los objetivos internos del gobierno mexicano, no invalida la necesidad de evaluar el significado de dicha política en la marcha general de los acontecimientos del hemisferio. Y esto es particularmente urgente por los aconte-

³ *Uno más uno*, 28 de enero de 1980.

cimientos que se han precipitado en Centroamérica, una zona en la que, quiéralo o no, México está destinado a ejercer una influencia. Independientemente de las explicaciones que se den a la simpatía mexicana por los movimientos revolucionarios, el hecho es que ésta se ha convertido en un obstáculo al avance de proyectos auspiciados por otros países del continente. A nombre de evitar la violencia, Venezuela, y en menor grado Costa Rica, tratan de impulsar el apoyo a regímenes de estilo demócrata-cristiano, como la actual Junta del Salvador. Estados Unidos, por su parte, explora la posibilidad de tener aliados para una política destinada a cancelar la opción revolucionaria y a buscar, después, formas de "transición pacífica" hacia regímenes de mayor justicia social. Con el simple peso de sus tradiciones, México dificulta, al grado de hacerla imposible, una acción internacional a favor de semejantes proyectos.

Lo anterior no significa que los dirigentes mexicanos tengan una clara visión de la influencia que podrían ejercer para propiciar ciertos cambios en la región, o del camino que debían seguir para asegurar allí una presencia mexicana que, a más de ser consistente con sus tradiciones, responda a los intereses nacionales del país, tal y como son definidos por ellos.

Por el contrario, al igual que en otros campos de su política exterior, México evita compromisos mayores. Se apega firmemente a la "no intervención" en el caso del Salvador, guarda una prudente distancia frente a las acciones que proponen otros países, elude el diálogo con Estados Unidos sobre el particular. En otras palabras, mantiene su distanciamiento tradicional ante problemas internacionales al que nos referimos en las siguientes páginas.

II

La diplomacia cautelosa y sus altibajos.— Una de las contradicciones más grandes que se advierte en la diplomacia mexicana de los últimos veinte años es la firmeza, e incluso la audacia de las posiciones frente al tema de las transformaciones sociales en América Latina, y la actitud temerosa, distante y poco comprometida, con que se define la participación en la política internacional.

Cierto que el gobierno mexicano ha tenido una participación activa en los esfuerzos a favor del desarme; a su iniciativa se debe una de las medidas colaterales de mayor significado, el Tratado para la Proscripción de Armas Nucleares en América Latina. Cierto, también, que México tiene un reconocido prestigio en los órganos de Naciones Unidas destinados al desarrollo y codificación del Derecho Internacional, desde la sexta Comisión de la Asamblea General, hasta la Conferencia sobre Derecho del Mar.

Pero no es esto, solamente, lo que se esperaría de un país que, tomando en cuenta la solidez de su régimen político, su prestigio ante la opinión pública internacional, y, más recientemente, el valor estratégico de sus re-

cursos naturales, podría ejercer un mayor liderazgo a nivel regional o en el grupo de lo que algunos analistas han llamado las "potencias medias".

A pesar de las expectativas que despierta la política exterior de México, ésta sale difícilmente de un estilo que fue calificado, hace ya varios años, como "defensivo y esencialmente cauteloso". En ocasiones, como ocurrió en la época de López Mateos, y más aún durante el echeverrismo, parece darse un esquema nuevo de alianzas internacionales y tomas de posición que implican una participación más decidida de México en la política internacional. Pero acontecimientos de orden interno invitan a abandonar esa línea y volver a posiciones de menor relieve cuya última justificación ha sido, siempre, la conveniencia de no crear situaciones irritantes con los Estados Unidos en terrenos distintos al de los problemas políticos en América Latina. Un breve recuento de la política exterior en los últimos veinte años ilustra bien esos altibajos.

Al finalizar el decenio de los cincuentas se habían definido, ya, lo que por largo tiempo serían los aspectos sobresalientes de la política exterior mexicana: el mantenimiento de posiciones progresistas en el ámbito continental, a las que ya nos hemos referido, la escasa diversificación de las relaciones exteriores del país, y la búsqueda callada de un buen entendimiento con los Estados Unidos, país en el que se concentraban las relaciones bilaterales, tanto desde el punto de vista económico como político. /

Durante el gobierno del presidente López Mateos parecía que la política exterior del país se encaminaría por rumbos nuevos. Algunos sucesos en la arena internacional invitaron entonces a diversificar la actividad internacional de México; por ejemplo, se estableció la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, organismo que interesó de inmediato al gobierno de México y explica, en gran medida, el primer viaje de un mandatario mexicano a través de América Latina: en segundo lugar, se debilitó la guerra fría lo que permitió a los países situados en la zona de influencia norteamericana un cierto margen de maniobra para acercarse a los países socialistas. Aunque el interés de México por dichos países ha sido, hasta la actualidad, muy secundario, fue significativa la apertura de sendas exposiciones de la República Popular China y la URSS en la ciudad de México a comienzos de los años sesentas. En tercer lugar, los países no alineados comenzaron a organizar sus demandas conjuntas convirtiéndose en un punto de referencia obligado para la acción internacional de otros países subdesarrollados. Todo ello, aunado al interés de López Mateos en utilizar la política exterior como instrumento para consolidar la imagen del ejecutivo, resultó en una política exterior más activa, multiplicación de las relaciones bilaterales, viajes frecuentes al exterior, visitas de numerosos mandatarios extranjeros, etc.

El nuevo aliento de la política exterior mexicana se desvaneció en los años siguientes. Entre 1965-1970 todo sucedió como si los objetivos principales de la actuación internacional de México fueran, de nuevo, el mantenimiento de tradiciones y el fortalecimiento de la "relación especial" con

Estados Unidos. Aunque la mencionada relación nunca fue definida claramente, las declaraciones de algunos dirigentes mexicanos permiten entrever lo que se esperaba de ella. Se trataba de obtener un trato preferencial para las exportaciones mexicanas, y de lograr pequeños privilegios como el de que no hubiera restricciones a los gastos de turistas norteamericanos en México. Se esperaba, en segundo lugar, la cooperación de los Estados Unidos para hacer frente a problemas fronterizos, como el de la utilización de las aguas de ríos internacionales. En tercer lugar, se pretendía el mantenimiento de una política poco restrictiva hacia los trabajadores migratorios mexicanos en los Estados Unidos. Finalmente —y esto es quizá el objetivo que mayormente ha permeado la política exterior de México y, concretamente, la relación con Estados Unidos— se esperaba del país del norte una corriente sostenida de capitales que contribuyeran al gran proyecto de industrialización vía sustitución de importaciones. Dichos capitales, en particular las inversiones extranjeras directas, debían someterse a las “reglas del juego” impuestas por los dirigentes mexicanos, reglas que, por flexibles que parezcan en su aplicación, resultan restrictivas al compararlas con el tratamiento al capital extranjero en otros países subdesarrollados.

El interés en obtener la “relación especial”, definida en los términos anteriores, llevó a descuidar la relación con otras potencias industrializadas y a evadirse de los esfuerzos del tercer mundo para lograr una posición conjunta frente a los países industrializados. En la indiferencia de México frente a las primeras reuniones del grupo de los 77, se advierte la confianza, según declaró entonces un alto funcionario, “en la posibilidad de que México resuelva sus problemas económicos externos mediante arreglos bilaterales con las partes directamente interesadas”.⁴

Entre 1972 y 1976 la política exterior de México se desvió de los lineamientos anteriores. El gobierno del Presidente Echeverría puso en duda la conveniencia de concentrar las relaciones bilaterales en los Estados Unidos, desacreditó la idea según la cual podrían obtenerse ventajas de una “relación especial”, multiplicó los contactos de México con otros países industrializados del mundo capitalista y socialista, finalmente, participó intensamente en las actividades internacionales de los países del tercer mundo. Entre estos últimos conquistó un verdadero liderazgo al encabezar la lucha para la firma de una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados, documento que incorporó las principales demandas tercermundistas a favor de un nuevo orden económico internacional.

Este cambio en la actividad internacional de México no fue, como algunos querrían verlo, fruto del simple capricho de un presidente interesado en proyectar su imagen para fines personales. Se conjugaron entonces circunstancias nacionales e internacionales que hicieron inescapable la búsqueda de nuevos caminos para la diplomacia mexicana. Baste citar las siguientes: el recrudecimiento de las tendencias proteccionistas en los Estados

⁴ Ver *Comercio Exterior*, 1969, p. 334.

Unidos que, al obstaculizar la expansión de las exportaciones mexicanas, invitó a la diversificación de las relaciones comerciales; el fuerte nacionalismo que inspiró en esos años la actuación internacional de los gobiernos de Perú, Panamá, Chile, y como resultado de lo cual el mantenimiento de relaciones con Cuba era insuficiente para guardar el prestigio del gobierno mexicano; el auge de las demandas del tercer mundo expresado en su lucha para obtener mayores beneficios del comercio internacional, su empeño en reevaluar los recursos naturales, las denuncias sobre la intervención de las compañías internacionales en la vida interna de los países subdesarrollados, o las discusiones sobre el efecto del capital trasnacional en las economías de esos países y la mejor manera de evitar sus aspectos negativos. En el orden interno, la ideología revolucionaria del gobierno mexicano había perdido gran parte de su credibilidad después de los acontecimientos de 1968. Diversos sectores sociales, provenientes sobre todo de las clases medias, veían con aprehensión la posibilidad de que, abandonando todo compromiso con valores nacionalistas y revolucionarios, México se inclinara francamente por una política de corte represivo y conservador. En tales circunstancias, mantener la legitimidad de un "régimen revolucionario" por el camino de la política exterior, era una opción comprensible.

No se puede negar el valor intrínseco de los objetivos centrales de la política exterior de Echeverría; la diversificación de relaciones económicas y políticas, los vínculos con otros países del tercer mundo para fines de una acción internacional concertada, y el compromiso con las causas más justas y progresistas de la política internacional, son un camino abierto a México para mejorar su posición negociadora frente a Estados Unidos y escapar de una excesiva dependencia. Pero esto no quiere decir que tales objetivos se hayan perseguido de la manera más eficiente posible, durante la primera mitad de los años setentas, aún menos que la experiencia de esos años haya institucionalizado nuevas formas de participación de México en el orden internacional. Por el contrario, durante un momento pareció como si la mejor manera de conducir la política del país fuera abandonando, cuando no satanizado, las experiencias "aventureras" del gobierno de Echeverría. El empeño en desacreditar al régimen anterior, que permea la vida del país durante los primeros años del régimen de López Portillo, sólo se entiende a la luz del enorme sobresalto producido por la crisis económica y política que sacudió al país el año de 1976.

Ese año ha sido visto como uno de los más difíciles en la historia reciente de México. El gobierno se vio entonces obligado a poner fin a una política de estabilidad cambiaria, que había durado ya veinte años, decidiendo la flotación del peso mexicano que, de inmediato, se devaluó en más de un 40% con respecto al dólar. La medida tuvo el efecto de confirmar los temores sobre el mal estado de la economía mexicana, que se venían sintiendo desde hacía algunos años. La salida de capitales se aceleró, la inversión privada se estancó, se levantó una ola de rumores sobre la estabilidad política según los cuales ocurriría un golpe de Estado. La toma de

posesión de José López Portillo desmintió tales rumores revelando que, a pesar de las vicisitudes de la economía, las sólidas instituciones políticas mexicanas siguen controlando con éxito la vida del país. Ahora bien, el nuevo gobierno tenía que presentarse bajo el signo del cambio.

En materia de política exterior, pronto se advirtió que las medidas del gobierno anterior habían tenido poco éxito. Desde el punto de vista económico, se había logrado una cierta diversificación del comercio exterior, prueba de ello es el hecho de que las exportaciones a Estados Unidos, que siempre habían representado más del 60 por ciento del total, disminuyeron al 56% en 1976. Sin embargo, la experiencia demostró que se trató de un logro efímero, empujando ante el crecimiento desmedido del déficit comercial que pasó de 1000 millones de dólares en 1970 a más de 3000 en 1976, el incremento incontenible de la deuda pública del país, y el estancamiento de las inversiones extranjeras directas. Desde el punto de vista de la política interna, la actuación internacional de Echeverría tuvo logros innegables; ya hemos insistido en su capacidad para renovar la ideología revolucionaria y reconquistar el apoyo de algunos grupos internos. Sin embargo, pronto se opinó que ello no contrarrestaba efectos de carácter negativo, como fueron el boicot en contra del turismo a México auspiciado por los grupos judíos norteamericanos disgustados ante el voto mexicano en las Naciones Unidas en contra del sionismo, o bien, la desconfianza del mundo empresarial exhacerbada por las frecuentes declaraciones de Echeverría en contra de las transnacionales, nota frecuente de la política tercermundista en aquellos años. Justificados o no, esos señalamientos fueron suficientes para que se frenaran bruscamente las tendencias de Echeverría en materia de política exterior.

El gobierno de López Portillo disminuyó el entusiasmo por el tercermundismo y demostró, durante su primer año, gran empeño en establecer un clima de armonía en las relaciones con Estados Unidos que recordaba vivamente el estilo imperante en los años caracterizados por la búsqueda de la "relación especial". Ahora bien, los rasgos sobresalientes de la actuación intelectual del régimen de López Portillo no podían manifestarse de inmediato; era necesario que se sintieran plenamente las repercusiones de los cambios ocurridos en la política económica.

Respecto a este último punto, cabe recordar que los problemas que tocaron fondo en 1976 obligaron a los dirigentes mexicanos a buscar nuevas salidas para mantener el crecimiento económico del país. La urgencia de encontrar tal salida, aunada al descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo en el sureste del país, inclinaron la balanza a favor de un apoyo decidido a las actividades de exportación en las que México tiene una ventaja compartiva. Se pasó, así, de una época en que la sustitución de importaciones era el objetivo principal de la política económica, a otra, en la que las inversiones en la industria petrolera, los requerimientos de la misma, y las divisas adquiridas por concepto de exportaciones de crudo y gas, dan el tono a la actividad económica del país. Estos cambios, y las

dimensiones de las reservas probadas de petróleo a partir de 1977, han cambiado el marco de referencia de la política exterior del país. Es evidente que la actuación internacional de un país petrolero no puede medirse con los viejos criterios con que se valoraba la "relación especial", el acercamiento o distanciamiento del tercer mundo, o la diversificación o no de las relaciones exteriores. Al terminarse la década de los setentas, se cierra una época, y se abre otra en la historia de la actuación internacional de México cuyas primeras manifestaciones apenas se están produciendo. A ellas nos referiremos en la última parte.

III

La política internacional del México petrolero.— Señalemos, para empezar, que la posesión de vastas reservas de petróleo implica una seria modificación del papel de México en la arena internacional y de los problemas a que debe hacer frente su política exterior. Citemos algunos ejemplos. En primer lugar, la reaparición de México como exportador de petróleo, en los momentos en que la seguridad en el abastecimiento de energéticos se ha convertido en problema fundamental para los Estados Unidos, lo coloca en un lugar de alta prioridad para la política exterior norteamericana. Quedó atrás la época iniciada a comienzos de los años cuarenta, caracterizada por la mezcla de indiferencia y tranquilidad con que Washington contemplaba los acontecimientos al sur de la frontera. Ahora, numerosos grupos de poder norteamericano siguen con interés lo que aquí ocurre, se pronuncia a favor de una mayor "interdependencia" mexicano-norteamericana, y tratan de construir una relación energética que permita ubicar los recursos petroleros mexicanos dentro de los planes para dar respuesta a las necesidades energéticas estadounidenses. La primera tarea de la diplomacia mexicana es, pues, construir a través de sus acciones bilaterales y multilaterales un paraguas que sirva de protección a las presiones que pueden desencadenarse sobre su política energética.

En segundo lugar, la importancia de sus hidrocarburos obliga a México a participar, quiéralo o no, en la política petrolera internacional donde se deciden volúmenes de producción, precios, medidas a favor de los países del tercer mundo importadores de petróleo y, en términos generales, los lineamientos que deben guiar las relaciones entre los países subdesarrollados poseedores de recursos naturales de gran valor estratégico, y los países industrializados del mundo capitalista. La política exterior mexicana está obligada, pues, a definir sus formas de asociación con otros países productores; ahora, o durante los próximos años, tendrá que pronunciarse más extensamente sobre la pertenencia o no a la OPEP, y, en general, sobre la manera en que, a nivel multilateral, organizará el diálogo con los países consumidores de energía.

En tercer lugar, si aceptamos el valor del petróleo como instrumento que mejora la capacidad de negociación de un país en sus tratos con el

exterior, México se encuentra en un momento clave para decidir las metas de su política exterior. ¿Se continuará con la relación bilateral concentrada en los Estados Unidos? ¿Se buscará, auténticamente, un proyecto de diversificación económica y política? ¿o se optará por una línea pragmática, que de manera causística vaya adaptando el comportamiento internacional de México a las necesidades internas de orden político y económico?

No existe, todavía, una línea definida en la nueva política exterior de México. Existen, sin embargo, acciones en el orden multilateral y bilateral que sugieren ya el camino que se piensa seguir.

A nivel multilateral, la mejor, o única, expresión de la política energética internacional del gobierno mexicano ha sido la propuesta para un Plan Mundial de Energía presentada en las Naciones Unidas en septiembre de 1979. La naturaleza de dicho plan quedó clara en la versión sometida a consideración del grupo de los 77 donde se señala: "Su objetivo a más largo alcance es asegurar una transición ordenada, progresiva, integral y justa, entre dos épocas de la humanidad, entre dos sistemas mundiales de energía: el actual, caracterizado por una estructura dependiente de los combustibles fósiles rápidamente agotables, los hidrocarburos, y el futuro, en el que esa estructura dependerá progresivamente de las fuentes de energía no agotables".

En otras palabras, México deja en la penumbra los problemas candentes que se debaten actualmente, los cuales giran principalmente en torno al tema del petróleo, y entra a un espacio más amplio y de largo plazo, el de la organización global de todos los energéticos para asegurar su abastecimiento, ordenado y justo, en una época situada más allá del año 2,000.

En su generalidad reside la aportación original, y también las limitaciones de la propuesta mexicana. Pocos dudan de su valor como testimonio de las inquietudes legítimas de un estadista preocupado por los problemas del futuro; pocos creen que reúna los elementos necesarios para dar pie a una acción significativa de la ONU en materia de energía. Concebida con una visión bastante individualista de la política internacional, la propuesta no recoge aspiraciones típicas de un bloque definido de países; en consecuencia, entusiasmo a pocos. A pesar del éxito de los diplomáticos mexicanos al lograr incorporarla en la agenda las Negociaciones Globales que se inician pronto en la Asamblea General, la frialdad con que fue recibida augura pocas posibilidades de que tenga resultados concretos.

Ahora bien, un dato importante del plan presentado a las Naciones Unidas es la poca atención que a lo largo de su elaboración, y en el carácter de sus propuestas, se concede a la OPEP. A partir de ello puede afirmarse que México está optando por una política distanciada de organismos tercermundistas y busca un camino propio a lo largo del cual irá determinando cuáles son sus principales aliados y la mejor forma de relacionarse con ellos. Una rápida visión de los contactos bilaterales que

se están estableciendo, y los proyectos que despiertan entusiasmo, permite llegar a conclusiones preliminares sobre tales alianzas.

La expresión más articulada de la diplomacia mexicana a nivel bilateral ha ocurrido con motivo de los encuentros con dirigentes japoneses, y de la gira de López Portillo por Francia, Alemania, Suecia y Canadá, en el primer semestre de 1980. En primer lugar, salta a la vista el sentido pragmático con que se han seleccionado esos países; se trata de aliados con los que no existen mayores afinidades políticas pero que son útiles para un proyecto de diversificación de *relaciones económicas*. Esta vez no se piensa en mercados para una gran variedad de exportaciones (por lo demás una de las enseñanzas que dejó la política exterior de Echeverría fue la de que, por muchos esfuerzos que hiciésemos para diversificar mercados, esto era difícil en la medida en que México, con una industria manufacturera poco competitiva, tiene poco que vender). Se trata de países que tienen un interés concreto en el petróleo mexicano y que pueden ayudar a México en su esfuerzo para diversificar el origen de sus importaciones de bienes de capital y tecnología. El dato más novedoso es que México desea ubicar esos intercambios comerciales dentro de una estrategia que, de manera general, se ha llamado la "política de cooperación económica global". Esta fue definida de la siguiente manera en un comunicado unilateral emitido al finalizar la visita de López Portillo a Suecia:

Según el punto de vista mexicano, deben existir esquemas de cooperación económica bilateral que sea mutua, compensada y recíprocamente gradual, habida cuenta del grado de desarrollo relativo de cada país, de manera que las aportaciones de cada una de las dos naciones se entiendan como la razón y la causa de las aportaciones de la otra.⁵

En otras palabras, a partir del poder negociador que concede el petróleo, México espera obtener verdaderos "paquetes" de cooperación económica en los que las relaciones comerciales van necesariamente acompañadas de apoyo a los proyectos prioritarios de desarrollo económico mediante inversiones, de asistencia técnica, etc.

En segundo lugar, es importante hacer notar que, al igual que en el caso de Brasil, país con el que México reinicia una política de acercamiento, los países a quienes se ha aproximado México corresponden a la idea de "potencias medias". Como, ya se advertía en el caso del Plan Energético, el bloque tercermundista ofrece ahora pocos atractivos; México prefiere inscribirse lentamente en el grupo de países "importantes", que a través de una acción concertada tendrían posibilidad de influir, de manera más directa, en la marcha de los acontecimientos mundiales. Esta preferencia se ve confirmada por la simpatía que ha despertado la idea de una "conferencia cumbre" que se reuniría, posiblemente en México,

⁵ *Uno más Uno*, 27 mayo 1980.

teniendo como documento de trabajo el recién publicado Informe Brandt.

Las tendencias anteriores no impiden el compromiso con los movimientos revolucionarios en América Latina al que hicimos alusión en la primera parte de este ensayo; allí está la política hacia Nicaragua y Cuba para probarlo. Pero se trata de viejas tradiciones que no dan el tono a la nueva ofensiva diplomática construida en torno a ese eje central que es el petróleo.

La pregunta que permanece abierta es la de hasta dónde los nuevos caminos de la diplomacia mexicana pueden afectar, en sentido negativo o positivo, el gran tema de la política exterior de México: sus relaciones con Estados Unidos. Hasta ahora, no hay visos de un nuevo marco de referencia que guíe las relaciones con el país del norte. El concepto de "cooperación económica global" define y orienta las relaciones con países como Suecia o Japón, pero no se ha aplicado, a las relaciones mexicano-norteamericanas. Parece que México busca fortalecerse en sus contactos con potencias medias y en su probable liderazgo para la celebración de una conferencia cumbre y, después, enfrentar el gran reto de la redefinición de sus relaciones con Estados Unidos, las cuales, necesariamente, deberán regirse por un concepto distinto al de la vieja "relación especial". En tanto que esa relación no se defina dentro de una nueva perspectiva, en tanto que datos objetivos no confirmen un proceso efectivo de diversificación de las relaciones económicas internacionales de México, (los datos para 1979 apuntan en sentido contrario) será difícil pronunciarse sobre lo acertado de las primeras manifestaciones de la política exterior de México en su nueva fase de país petrolero.